

Americanización/Globalización/ Anglobalización*

Elpidio Laguna-Díaz**

¿Tienen los Estados Unidos que preocuparse por algún tipo de unión de un temido y posible “bloque Ibérico/Iberoamericano” que desbarate o modifique sus designios sobre el aparcamiento del hemisferio sur y de la que deba ocuparse su “política exterior”? Pienso que no. A ese mundo ibérico/Iberoamericano le falta uno de los factores del binomio mágico que ha hecho triunfar al mundo anglo-estadounidense en la americanización/anglobalización del mundo: no ha superado la hermenéutica histórica de la “leyenda negra”, no ha vuelto sus ojos a su pasado para asumirlo.

“**T**hat’s not the way the world really works anymore... (an aide to the President told me) We are an empire now, and when we act, we create our own reality. And while you’re studying that reality -judiciously, as you will- we’ll act again, creating other new realities, which you can study too, and that’s how things will sort out. We’re history’s actors... and you, all of you, will be left to just study what we do.’” (Ron Suskind). Esta cita de uno de los consejeros del actual presidente Bush apunta hacia una realidad demasiado evidente y que no

puede ser soslayada porque revela el clima ideológico en que se mueven los intelectuales y asesores políticos de lo que entendemos como la potencia mundial más poderosa que haya existido jamás en la historia. Desde que Francis Fukuyama, discípulo de Samuel P. Huntington, publicara su libro *El fin de la historia y el último hombre*, hasta los más recientes de Niall Ferguson *Empire: the rise and demise of the british world order and the lessons for global power* y *Colossus: the price of America’s empire*, se ha publicado casi simultáneamente en varios idiomas e inclusive en portales electrónicos, un alud de artículos y de libros que giran alrededor de los temas de “americanización”, “globalización” y “anglobalización”. Este último término, acuñado por el historiador Niall

Ferguson, británico, en el primero de sus libros citados aquí, para designar los factores, medios y modos por los cuales Inglaterra consolidó el primer imperio anglófono de alcance mundial. Las tres nociones tienen en común el que giran alrededor de la de imperialismo y se han convertido en códigos cuyo referente geopolítico son los Estados Unidos de Norteamérica.

Todo este interés por analizar el fenómeno imperial en el mundo anglo-parlante contrasta con los discursos anti-imperialistas de hace unas décadas. Immanuel Wallerstein ha dicho que hace cincuenta años, vocablos como “imperio” e “imperialismo”, para referirse al lugar que ocupan los EEUU en el sistema-mundo actual eran empleados solamente por sus críticos izquierdistas, pero hoy quienes

* El contenido de este artículo, ampliado, es parte de una obra en preparación, *Discursos del Leviatán*.

** The State University of New Jersey.

los emplean con un sentido positivo y entusiasta son los neo-conservadores estadounidenses y británicos. Naturalmente el tema tiene otras proyecciones tales como la crítica que encontramos en el libro de Noam Chomsky *¿Hegemonía o Supervivencia?: la Estrategia Imperialista de Estados Unidos*, o *Globalization and Antiglobalization: Dynamics of Change in the New World Order* editado por Henry Veltmeyer.

Al abordar el “imperialismo” de esta manera, los estudiosos, politólogos e historiadores de toda orientación ideológico-teórica han hecho tabula rasa de las diferencias contextuales de época histórica y “mentalidades” que condicionan la interpretación de esos términos y, en consecuencia, parece que discurren “científicamente” acerca de otra cosa: el imperialismo como categoría reedificada, repetitiva y recurrente, como fenómeno de “la realidad”, antes que como conceptos. Distinto a otras épocas, hoy no influye tanto una teoría abarcadora tal como lo fue la que postulaba que los imperios tenía una traslación geopolítica de Este a Oeste. Ahora el interés está en tomar la “globalización” como un fenómeno “de la humanidad” y, al hacerlo así, se encuadra el asunto en unos parámetros hermenéuticos que dan por inevitable un fenómeno que se quisiera modificar porque se entiende que sus consecuencias no serán globales. O sea, que no afectará de igual manera a todos los países y sociedades sino que, por el contrario, en unos tendrá consecuencias negativas y en otros positivas. A saber, que el mundo se dividirá en dos bloques: uno, el de los países que controlan y administran los recursos del planeta y se enriquecen; otro, el de los países que sirven a los primeros rindiéndole sus recursos y se empobrecen, o pasan a ser otro tipo de colonias periféricas de un centro hegemónico. Polarización, además, en que la cultura y modos de vida de los pueblos tendrá como factor común la americanización.

Por lo pronto, podemos decir que los términos “americanización”, “anglobalización” y “globalización” nos remiten a un pasado. Es más, son un pasado que se concretiza en el presente. No apuntan ninguno de los tres a fenómenos nuevos, inminentes y, por lo tanto, que pueden percibirse como amenazantes. Son etapas de un solo proceso civilizacional en el cual sí ha habido cambio respecto del protagonismo que han ejercido Inglaterra y Estados Unidos, entre ambos protagonistas no ha habido rupturas ni lingüísticas, ni políticas, ni económicas, ni culturales, ni modificaciones en la visión que tienen ambos de su historia común. Todavía, por ejemplo, la historia del derecho constitucional estadounidense traza su origen a la Magna Carta del siglo trece, que no se entiende

como un documento de una Inglaterra católica en una “edad oscura”, sino como la expresión precoz de la tradición de libertad y derecho común de los pueblos angloparlantes. Todavía actúan uno en ayuda de la otra como en las dos Guerras Mundiales, las Malvinas o Iraq.

El interés de hoy por el tema del imperialismo británico y estadounidense no es nada nuevo, ya los Padres Fundadores de la república estadounidense veían las trece colonias británicas como un imperium in imperio respecto de Inglaterra, y el triunfo de las trece colonias por su independencia representó el triunfo de un imperio sobre otro. Los estados de la Unión se vieron también en su estructura federal como un imperium in imperio y consideraron los territorios intracontinentales metas de su expansión de mar a mar como “colonias” a ser administradas hasta que pudieran integrarse a la república federada como nuevos estados. No es casualidad que más de un noventa por ciento de las “fronteras” inter-estatales de los estados territorialmente contiguos de la Unión (y la de Canadá) sean prácticamente líneas rectas, la expansión de los Estados Unidos de Norteamérica no obedeció del todo a realidades sociales previas a las demarcaciones administrativas. Los Estados Unidos son, en parte, como un texto, un país planificado sobre escritorios a partir de las trece colonias originales, y la llamada accession to statehood requería o presuponia la “americanización” de grupos de ciudadanos que habitaban sus territorios “no-incorporados” a la Unión. El desplazamiento de grupos hacia el interior y el oeste del país era ya el de americanos que reclamaban un pedazo del territorio que pertenecía a su gobierno. En lo político se organizaban bajo estructuras ya vigentes, se determinaba la extensión territorial del nuevo estado, y entonces se accedía a una integración en la Unión que no implicaba estatus como estado-nación, ni soberanía en derecho internacional.

Americanización/Globalización

Para muchos hoy día la “globalización” es un fenómeno natural, inevitable, real por sí mismo, inapelable, que se entiende como dentro del marco conceptual de una especie de evolucionismo o darwinismo social, o que debe ser explicado y aceptado como si los designios humanos fueran dictados por la segunda ley de la termodinámica y no por el concierto de voluntades.

Las nociones de “América” (como nombre sinónimo de Estados Unidos) y “americanización” van de la mano de

una concepción del Estado y una visión del tipo de hombre que va ejercer dentro de ese Estado que, desde su origen, fue concebido como un proyecto histórico concreto. Por eso, hay dos modos de enfocar y entender el fenómeno de “americanización”, uno interno y otro externo a Estados Unidos. El interno, en primera instancia, tiene que ver con el modo de ser y vivir de los hijos del país que de suyo pertenecen a su cosmovisión y cultura y, en segunda instancia, con el modo en que el inmigrante va cambiando y llega a adoptar los usos y creencias, la lengua y las ideas del país. En la segunda instancia, la del inmigrante, se considera que su prole será ya americana. Ya en 1797 John Jay decía que era necesario “americanizar” más al pueblo para lograr la cohesión nacional de una República que algunos, en aquél entonces, consideraban demasiado extensa como para poder sobrevivir política e institucionalmente integrada.

El modo externo de “americanización”, es de esperar, opera fuera del ámbito del país, en otros países y continentes. Pero para determinar cómo se da éste y entrever su trayectoria histórica debemos considerar varios factores cuyos ritmos de operación e influencia son distintos tanto en el tiempo como en el espacio, y en el desarrollo de los medios de que han dispuesto su gobierno, sus ciudadanos y otros grupos para llevarlos a cabo. Hay que tener en mente, además, que en todas aquellas instancias que hay implicaciones del curso de acción política estadounidense para otros países podemos descubrir ciertos elementos y precedentes de esa americanización hacia el exterior y varias de las características que hoy atribuimos a la globalización. De manera que la analogía globalización/americanización que algunos ven en nuestro día es también una analogía que, aunque no con estos nombres, tiene un pasado dilatado. Para ilustrar esto, y sin asomo de ser exhaustivos, podemos recordar algunos sucesos ocurridos en un periodo de solamente sesenta y un años a partir de 1787, el año que se ratifica la Constitución del país, y que indican la extensión geopolítica y la potencia de Estados Unidos desde el comienzo de su historia como estado-nación: conflictos y tratados con Trípoli (Barbary Coast) para destruir la piratería contra los barcos mercantes estadounidenses (a raíz del ataque del 9/11 el presidente Bush dijo que se ocuparían de los terroristas del mismo modo que lo habían hecho con los “Barbary Coast pirates”) (1786); la llamada Cuasi-Guerra con Francia en el mar Caribe (1791-1800); la guerra con Inglaterra (1812) en la que, en su aspecto naval, se destacó la destrucción de la flota ballenera inglesa en el Pacífico;

la formación del Escuadrón Naval del Caribe, precursor de los “marines”, con el que Estados Unidos desembarcó varias veces en las islas españolas en busca de piratas; la adquisición de las Floridas, Lousiana, el Tratado Adams-Onís (1819) que extendió el territorio hasta el Pacífico, en un mapa, no en ocupación efectiva por su pueblo; la Guerra con Méjico (1846); la creación, por los editores de siete periódicos neoyorquinos (con el fin de abaratar el costo de las tarifas telegráficas y suplir un “servicio” a los periódicos locales de otros estados) de la Associated Press (AP, 1848); la vertiginosidad del tendido telegráfico. A esto habría que añadir la creciente y vasta economía política agrícola/industrial, y la insaciable demanda que sobre ambos sectores imponía el mercado siempre en expansión de los que iban a colonizar el oeste.

En otros aspectos, los ideológicos, si se les quiere llamar así, se entendió al país como el ámbito u hogar de la Libertad y la Democracia, como el modelo que debían seguir todos los países del mundo, el país cuyo futuro sería la constante construcción de un presente ya logrado y cuyas instituciones debían ser imitadas por todos los demás. El futuro del país, de su modo de ser y de sus instituciones, se concibió como la prolongación indefinida de la cosmovisión de un presente. “The best years for America are yet to come.” ha dicho el presidente Bush en su primer discurso después de haber sido re-elegido. Esta frase implica que el futuro de “América” es continuar siendo lo que ha sido, aunque sea necesario dominar al mundo. Y si se quiere tener una idea de esta americanización externa en cuanto a sus efectos en otros países y culturas se puede comenzar por examinar la influencia de las ideas políticas estadounidenses en la historia constitucional de Hispanoamérica.

Anglobalización

Como mencionamos al principio, el término “anglobalización” lo ha acuñado el historiador y politólogo Niall Ferguson –profesor escocés que imparte cátedra en Oxford y New York University– para referirse con él al proceso imperialista británico al que caracteriza como “el primer experimento de globalización mundial”. La integración creciente comercial, financiera y del mercado del trabajo que comenzó desde la segunda mitad del siglo XIX hasta 1914, de acuerdo con Ferguson, en su primera etapa no pudo haber ocurrido sin la integración política que instauró Inglaterra en su imperio y que abarcó una cuarta parte de la población mundial. Ferguson conside-

ra que el imperio británico fue la primera encarnación –Anglobalización I– de un proceso que Estados Unidos están en vías de completar –Anglobalización II. Tienen en común, además, el imperio británico y su sucesor el móvil de promover el mercado libre, los ideales de democracia y libertad, el predominio de la ley en el gobierno, y, claro, la unidad de lengua, cultura e instituciones libres, y la comunidad histórica. Si Estados Unidos no han sido todavía tan exitosos y eficientes como los ingleses lo fueron en su tiempo, sostiene Ferguson en su segundo libro *Colossus: The Price of America's Empire*, es porque no son un pueblo dispuesto a vivir fuera de sus fronteras, por la prisa que tienen en terminar con sus aventuras intervencionistas y querer “organizar” los países problemáticos en un corto plazo, por sus déficit domésticos y su astronómica deuda entre otras cosas. Además, porque Estados Unidos necesitan sentirse amados, bien vistos, y no toleran las críticas ni el desamor de los demás países. Los estadounidenses deben ignorar menos su historia y asumir la responsabilidad de saberse ser lo que ya son, un coloso imperial. No deben ser un “imperio blando” o indirecto, como lo han venido haciendo, sino un imperio consciente y decidido a desempeñar el rol de manera tan eficiente como lo hizo el imperio británico. Después de todo el resto del mundo debe reconocer que en los países dominados o controlados por ellos han sido más los beneficios que han traído que las penas y hasta atrocidades que han cometido.

Pero lo que escribe Ferguson no es nuevo tampoco. De hecho, se inscribe en una larga trayectoria histórica de las relaciones entre Inglaterra y Estados Unidos donde muchos –políticos, historiadores, panfletistas, educadores, periodistas, etc., ingleses y estadounidenses– a lo largo del siglo diecinueve y veinte, han entendido que los conflictos entre ambos países debían ser eliminados y que para lograr el concierto y armonización entre ambas potencias era necesaria una “apertura mental” del uno hacia el otro. Y las razones, motivos y explicaciones se encontraron en una tradición de libertades y vida parlamentaria, en una misma lengua, en una historia común en muchos aspectos, y a pesar de los conflictos entre ambos. En definitiva, en una misma cultura, la pasada y la presente, la continua, la de hoy. La unidad de ese mundo angloparlante (“anglosajón”, se decía a fines del siglo diecinueve y principios del veinte), los puentes de comunicación y solidaridad entre sus naciones, se buscó en la cultura. En lo “material” siempre han competido “en buena lid”, pero sin odios atávicos producto de una

interpretación negativa de su historia común. La superación de la percepción mutua negativa por razones de historia común, fue superada rápidamente, como lo veremos más adelante en los comentarios de James Bryce.

Anglobalización/Globalización: proyecto continuado

Es interesante notar el paralelismo que hay en este enfoque entre pensadores y políticos británicos y estadounidenses neoliberales de hoy con sus congéneres de principios del siglo pasado. En febrero del 1897, Edward L. Godkin escribía en la revista *The Atlantic Monthly* que la difusión de la democracia... ha estado acompañada por un gran aumento en la complejidad de los asuntos humanos. La interdependencia de las naciones por medio del crecimiento del comercio, el aumento de la literatura [se refiere al efecto de la rapidez en que los periódicos diseminan las noticias], la conversión incesante entre unos y otros habilitada por la prensa, el mejoramiento de las facilidades para viajar, han alcanzado un nivel nisiquiera soñado hace un siglo. Un debate en alguna legislatura, algún descuido en el discurso de un magistrado, el menor cambio en el sistema arancelario de tan solo una nación, el pequeño descubrimiento hecho por un hombre de ciencias en algún país, en nuestro tiempo produce un efecto casi instantáneo en todo el mundo civilizado o no, porque la civilización hoy afirma el dominio de las ideas por doquiera”. Porque este desarrollo ya no se puede detener, Godkin pensó que llegaría el momento en que habría necesidad de que se formase un gobierno, un Estado mundial: “para tener éxito en los negocios hoy, es preciso tener una cantidad de conocimientos tal como la que en el siglo pasado solo podía adquirir un hombre entre un millón; hoy hacemos al momento decisiones que en el siglo pasado podían tomar medio año... el resultado es que el gobierno de ese mundo necesita un aumento del equipaje intelectual que corresponda al aumento del comercio”. El éxito y alcance mundial del “crédito”, sin el cual no habría comercio, lo debemos comparar, dice Godkin, más que a un edificio, con “una red (network) que arropa al mundo entero... cuidarla, el evitar toda medida o movimiento que pueda causarle disturbio, tiene que ser, en nuestro día, uno de los primeros cuidados de todo hombre de Estado”. George Burton Adams, por su parte, observaba que “la unidad de la humanidad, la pequeñez de la tierra; la rapidez de las comunicaciones y el crecimiento de intereses (de alcance) mundial” son las condiciones para que se forme el gobierno

de un Estado mundial benevolente y no despótico que sea “tan poderoso en cada continente, tan libre dentro de sí mismo, tan justo y generoso en el exterior, que se levante como cabeza del mundo sin rival, para guardar la paz, para enseñarle a las naciones más fuertes leyes e instituciones y guiar a las más atrasadas por el camino del crecimiento adecuado y realizar (así) el sueño de la humanidad”. Aunque todavía no se sabe qué Estado será éste, continúa, “una raza, y solamente una, ha seguido a lo largo del siglo diecinueve al paso del crecimiento de esta comunidad mundial. Se ha plantado en cada continente; rige todos los mares, domina el comercio mundial, transmite las noticias del mundo, y está enseñándole a (todos) los hombres su lengua y sus instituciones”.

En el número 89 de la revista *Atlantic Monthly* de 1898 decía James Bryce que “... la coincidencia de intereses... la comunidad de sangre, la similaridad de las instituciones, y esa capacidad para comprendernos y apreciarnos los unos a los otros que la da una lengua común y los hábitos de pensamiento y sentimientos”, son los nexos que unen realmente a estadounidenses e ingleses. Y, añade que “la afinidad por raza no afecta a menudo las relaciones entre los estados, pero cuando lo hace, es una fuerza de tremenda potencia”, por eso, cuando comenzaron las hostilidades entre Estados Unidos y España, la reacción de los ingleses no se hizo de esperar; “fue la inmediata e indiscutible evidencia de un sentimiento que entendíamos existir, pero que nunca se había hecho tan manifiesto. El mismo (sentimiento) fue reciprocado de todo corazón y prontamente por Estados Unidos”. Las dificultades (el recuerdo de los antagonismos históricos en el imaginario cultural de ambos países) que obstaculizan la reciprocidad entre ambos gobiernos, para Bryce no son obstáculos insuperables y, de formarse una alianza entre Inglaterra y Estados Unidos, “en lugar de ser una amenaza para otros estados, y sería una garantía de paz para el mundo; porque cada (una de nuestras dos) nación(es) se sentiría obligada a justificar su política (exterior) a la opinión pública de la otra”, entre ambas naciones ya exista “una liga de corazones”.

Americanización/Anglobalización

El escritor y politólogo inglés William H. Stead, en su *The Americanization of the World or the Trend of the Twentieth Century*, decía que “la misma motivación que ha llevado a la formación del Trust en el mundo industrial, podría traer esta combinación (la de los intereses

estadounidenses e ingleses) en el mundo de la política. La Americanización del mundo equivale a la anglización del mundo de un tirón”. Y, que la americanización creciente de Inglaterra, igual que la del resto del mundo, era algo que había que reconocer. “Somos nosotros –decía– los que se van a americanizar: por lo tanto, nos toca mover la ficha; es ocioso esperar, y no es deseable de ninguna manera, que los Americanos salgan a nuestro encuentro ensillándose con instituciones de las cuales nosotros mismos nos queremos deshacer”. Añadía Stead, avalando las observaciones de un corresponsal del periódico *Novoye Vremya* que “Estados Unidos tienen ya establecido sobre Inglaterra ... (Inglaterra) ha perdido todo (falso) orgullo en sus relaciones con Estados Unidos. Admiten que no pueden ofrecer resistencia efectiva a la República. Ya no se confían a su poder, sino que depositan su confianza en los lazos de raza, literatura (cultura) y sociales que atraen a los americanos hacia Inglaterra. En este rendirse a los americanos hay un motivo sentimental, y otro práctico. Al perder su primacía marítima, comercial y financiera, Inglaterra puede soportar con mejor resignación el paso de su primacía mundial a una nación parienta en lengua, civilización, y aun en sangre”.

Estas “ideas” no se pueden ignorar como factores hábiles en la formación de todo un entramado inteligente y acorde con las relaciones de Inglaterra y Estados Unidos en la formación de un bloque hegemónico mundial exitoso. Los factores “prácticos” (económicos, políticos, etc.) combinados con los “sentimentales” (lengua, cultura, mitos) han sido para ambos una fórmula contundente para un curso de acción política común más que se ha demostrado y probado a lo largo de la historia del siglo veinte. No existe una combinación así, en todo el mundo, capaz de enfrentarse a la anglo-estadounidense.

Para cerrar, y en esta vena, añadiremos que tanto en Inglaterra como en Estados Unidos solo se ha tenido temor ante la posibilidad de que pueda surgir un reto civilizacional de envergadura, capaz de desequilibrar, no su prepotencia económica y militar, sino uno de los factores (el cultural) del binomio “factores prácticos/factores sentimentales” clave de su éxito: el mundo hispánico. Sólo dos instancias al respecto como botón de muestra:

- En 1901 el editorial de *The Atlantic Monthly* observaba que “de todos los cambios geográficos que ha sufrido el mapa político del mundo desde los primeros años del siglo diecinueve, el más sorprendente es el encojimiento de los

dominios de España”, pero a España le queda lo más valioso, España misma. Pero hay que tener en cuenta que “la mera ruptura del nexo de soberanía política no empequeñece para nada al mundo hispanoparlante. Al contrario, el retiro final de España de los asuntos políticos del Nuevo Mundo debido a la pérdida de Cuba, es con toda probabilidad el comienzo de una nueva y mejor relación entre toda Hispanoamérica y su madre patria europea” (...) Esto ha sido ilustrado de manera patente –continúa– en la celebración del reciente Congreso en Madrid bajo los auspicios del gobierno español, y (al que asistieron) representantes distinguidos de toda Hispanoamérica, con el propósito de discutir asuntos de interés tocantes a su progreso social y económico”. “Habiendo desistido a todo reclamo de autoridad en el Hemisferio Occidental, España está ahora en la posición de cultivar el comercio, el intercambio y relaciones amistosas de todo tipo (con Hispanoamérica) basados en la comunidad de lengua y literatura (entiéndase cultura), con la certeza de que sus esfuerzos por establecer relaciones mutuamente beneficiosas no serán malinterpretados. el comentario de Lord Salisbury, en su famoso discurso donde habló de naciones “vivas” y “agonizantes”, acerca de que los españoles estaban desapareciendo, es cierto solo de manera relativa. Es probable que hoy haya en el mundo unos 60,000,000 (de hispano parlantes), descendientes de la cepa española. No pasará mucho tiempo en que halla 25,000,000 solamente en España, 100,000,000 en Méjico, las Antillas, Centroamérica y Sudamérica”.

- En 1986, durante la presidencia de George Bush I, WestView Special Studies –división del think tank American Enterprise Institute– publicó un libro de confección barata debido a la urgencia del tema que trataba. Su título: *The Iberian-Latin American Connection: Implications for U.S. Foreign Policy*. Editado por Howard J. Wiarda recogía la colaboración de hispanistas y latinoamericanistas estadounidenses y tenía el propósito de ilustrar, más que a la opinión pública o académica, las decisiones de los miembros del Congreso. El artículo inicial, escrito por Wiarda, destacaba porqué el asunto de las renovadas relaciones de España y Portugal con Latinoamérica merecía la pena de ser objeto de seria reflexión por parte de Estados Unidos, “Primero, España y Portugal –decía– son las antiguas metrópolis, y los giros y violentas columpiadas del péndulo político que ocurren entre antiguas colonias y antiguas metrópolis ofrecen un tema de fascinantes resonancias. Segundo, España es ahora una nación económicamente avanzada, novena o décima en el producto bruto nacional al acabar recientemente

de pasar esa imprecisa pero mágica barrera que el Banco Mundial emplea para (diferenciar) “mercado industrial” de otros tipos menos desarrollados. (...) Tercero, España recientemente ha fortalecido sus lazos políticos, diplomáticos y culturales con Latinoamérica y se ha convertido en un socio comercial. Cuarto, en sus relaciones actuales con Latinoamérica, España ha abandonado el ya viejo, paternalista y a veces patético concepto de ‘hispanismo’ a favor de un concepto nuevo y más realista que encarece la cooperación y las relaciones entre iguales. Quinto, a la misma vez, España ha seguido agresivamente una estrategia cultural y (social) que enfatiza la comunidad del mundo lbero-Latino como distinto del Anglo-Sajón...”

Este libro hizo desvanecer en el Congreso las objeciones que tenían los congresistas para dar luz verde a Bush I en su iniciativa del tratado de libre comercio con Canadá y México (NAFTA), se aprobó enseguida...

Pero, en realidad, ¿tienen los Estados Unidos que preocuparse por algún tipo de unión de un temido y posible “bloque Ibérico/Iberoamericano” (también advierte Wiarda sobre el acercamiento Portugal-Brasil) que desbarate o modifique sus designios sobre el aparcamiento del hemisferio sur y de la que deba ocuparse su “política exterior”? Pienso que no. A ese mundo ibérico/iberoamericano le falta uno de los factores del binomio mágico que ha hecho triunfar al mundo anglo-estadounidense en la americanización/globalización del mundo: no han superado la hermenéutica histórica de la “leyenda negra”, no han vuelto sus ojos a su pasado para asumirlo ni con la sensatez que da la historiografía, la etnohistoria, la antropología cultural y demás ciencias humanas. Nuestras juventudes, siguen siendo educadas para detestar su pasado. Ni siquiera los discursos liberacionistas o, si se quiere, reivindicadores, han podido hacer nada por modificar en vistas a un futuro, la imprescindible plataforma histórica que todo pueblo necesita: una visión coherente del proyecto histórico que traza el devenir de su ser colectivo.